

Un real al mes.

En Madrid para los suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo de las Familias*, y á 3 rs. por tres meses, en las provincias franco el porte.

LA CRÓNICA.

Dos reales al mes

En Madrid y 10 rs. por trimestres para los que no sean suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo*.—Se publica todos los domingos del año.

SEMENARIO POPULAR ECONOMICO.

AVISO IMPORTANTE.

BIBLIOTECA POPULAR.

Terminada ya la impresión del **Manual de Mitología**, original de don Patricio de la Escosura, y del tomo primero de las **Obras Festivas de Quevedo**, cada una de cuyas obras hace 56 pliegos; en toda la próxima semana quedará concluida la encuadernación y principiarán á repartirse sin falta alguna. Los señores suscritores y corresponsales que quieran recibirlas y no hayan avisado, se servirán remitir sin pérdida de tiempo las listas de pedidos, á fin de que no experimenten retraso en la remesa. Para el **Manual de Mitología** damos 30 grabados aparte del texto, en el ínfimo precio de 6 rs., los que gusten recibirlos.

Habiendo terminado ya la repartición del **Manual de Historia Romana**, y de la **Maga de la Montaña**, los que no hayan recibido cualquiera de estas obras, ó los corresponsales que no hayan hecho el pedido de ellas, se servirán avisar para enviárselas.

El martes de la semana última comenzó la repartición del número segundo del Museo perteneciente al mes de febrero cuya repartición ha terminado; los suscritores que no lo hubiesen recibido tendrán la bondad de hacer la oportuna reclamación.

LA ENCINA DE NANNAU.

Por espacio de muchos siglos ha sido objeto de supersticioso temor para los aldeanos del condado de Gales, la antigua encina de Nannau. El 15 de julio de 1815 cayó derribada al suelo carbonada por el tiempo; por fortuna algunos días antes de su caída habían sacado dibujada una copia exactísima de ella en la que se halla reproducida en el estado en que la habían puesto las injurias de la edad, agujereada y ennegrecida por las exhalaciones eléctricas y formando un contraste singular la frondosidad de sus tiernos retoños y el verdor de los arbutos que la rodeaban, con la apariencia helada y caduca de aquel testigo de los siglos.

En todas las cercanías de aquel monumento de la naturaleza, era designada esta encina con el nombre de *árbol de los aparecidos*, debiendo este siniecro título á un suceso que todo el país sabía de memoria. A Howel Sele, galego y señor de Nannau, lo mató secretamente en una cacería su primo Owen Glyndwr, ocultada en seguida su cadáver dentro del tronco de la encina. El recuerdo de este trágico acontecimiento se ha conservado ileso como tradición en la familia de Vangban, que residen hoy en el castillo de Nannau, y cuando cerrada ya la noche pasaban los aldeanos inmediatos al lugar en que estaba plantado el árbol, apresuraban el paso y murmuraban ciertas oraciones. Según la tradición, el implacable Glyndwr meditando una venganza por no haber querido Howel deponer una querrela que sostenía hacia tiempo en beneficio de su familia y del país, aceptó el convite que durante una tregua, le hizo este último para una cacería que había dispuesto en sus dominios. Glyndwr aprovechando una ocasión en que estaba con su primo desviado de la tropa, le acometió bruscamente: ambos estaban armados, pelearon, y en el combate murió el señor de Nannau. Glyndwr regresó con presteza á su castillo mientras que los vasallos de Howel sobrecogidos de terror y consternación buscaban inútilmente á su amo; su inconsolable esposa renunció al mundo y vivió solitaria en su castillo esperando á cada momento el regreso de su esposo.

Transcurrieron muchos años sin recibir noticias del señor del castillo á quien se suponía ausente; porque su suerte era un misterio para todos excepto para Glyndwr y su confidente Madag. Ya por fin un día del mes de noviembre en que la borrasca de la atmósfera arrojaba con fuerza el agua contra las góticas ventanas del castillo de la viuda, y cuando comenzaban á confundirse los objetos entre las sombras de la noche, apareció á la cabeza del puente un caballero cubierto con su armadura por la que escurria un mar de agua. Este caballero era Madag, que despues de la muerte de Glyndwr venia para cumplir el deber de una promesa que habla hecho á su amigo y señor, descoriendo el velo que cubria un secreto horrible.

En apoyo de sus revelaciones arrojó con gentes al sitio de la encina, y á fuerza de hachazos rompió la tumba misteriosa de Howel y apareció su cadáver sosteniendo aun en las manos su espada

enmohecida por el tiempo. Sus restos fueron trasladados al cercano monasterio de Cynimer, donde se le hicieron funerales dignos de su elevada cuna, y donde por espacio de muchos meses, se dijeron sin intermisión misas por el reposo de su alma.

Esta célebre encina tenía 27 y medio pies de circunferencia, y estaba plantada en las posesio-

nes de Sir Roberto Vaughan en el parque de Nannau. De su madera se construyeron muchos juguetes y utensilios que tenían un color oscuro parecido al del ébano, y apenas existió en aquellas inmediaciones, casa ni cabaña, grande ó pequeña, que no conserve un grabado de este árbol dentro de un marco hecho de su misma madera.



Encina de Nannau.

LA MARQUESA DE BRINVILLIERS.

(Conclusion.)

V.

Bajo el reinado de Luis XIV, la plaza de Greve en París presentaba un aspecto singular, pues era mucho mas estensa, mas estrecha, mas irregular y peor empedrada que en el día, que es cuanto se pudiera decir. Sobresalía por un costado el macizo concejo de Domenico Boceardo, que segun una frase de moda, parecia «un coloso en medio de miserables cabañas.» Por otro costado se presentaban con una irregularidad grotesca muchas casas dominadas por pequeñas torrecillas; y delante de la plaza, siguiendo por la estension del ángulo derecho del muelle Pelletier, se veía una enorme cruz de piedra cuyo frente estaba dirigido hacia Notre-Dame. Todos los años concurría el pueblo á la Greve á recrearse en los fuegos de artificio á que el preboste asistía puntualmente; pues toda vez que los miembros del parlamento condenaban á un inocente ó culpable, aquellas chispas lucían por el aire, y pocas horas despues, la justicia del rey estaba satisfecha... Tambien se regocijaba en este sitio el pueblo de París cuando el cielo concedía un nuevo principe á la Francia, ó cuando algun sabio monarca disminuía los impuestos, lo cual en verdad acontecia pocas veces.

El 16 de julio de 1678 desde la salida del sol, se hallaba esta plaza en agitacion continua. Las calles, callejones, y muelles circunvecinos, atesados de grupos y corrillos de curiosos; los paseantes que tambien eran muchos, se extendian hasta el Sena, cual si quisiesen costear la Greve hasta el Port-au-Foin; pero marchaban con cierta especie de prevencion, se detenian con aire de sospecha, y se hablaban mucho en secreto, estrabándose principalmente el que los nobles estuviesen mezclados con los plebeyos, las damas de la grandeza con las verduleras, y los estudiantes con los lacayos y servidores.

¿Qué nuevo y estravagante suceso habia ocurrido para aquella fusion heterogenea? Tratabase simplemente de decapitar y quemar en la plaza de Greve á Margarita d' Aubray marquesa de Brinvilliers.

—Interesante debe ser la escena, decia en medio de un grupo de menesterosos uno de los mendicantes de la corte de los Milagros, que se conocian en aquella época bajo el nombre de compañías de gitanos, ó por mejor decir de rateros bajo la direccion del célebre Coesre.

—Buena escena! respondió con marcado disgusto otro personaje andrajoso que se afanaba por imitar á un epilético con un trozo de jabon dentro de su boca; buena escena debe ser! Ah!

maldito Mr. de la Reynie! como nos pesquiza con sus miradas y sus polizontes...

—¡Y con sus garitas! le interrumpió vivamente un tercero.

—Si, pero yo le preguntaría ¿de qué sirven las garitas en las calles de París? Vaya; preciso será confesar que Mr. de la Reynie es enemigo de los pobres.

—Decid mejor, de los desgraciados hijos de Bohemia; gritó tambien con voz temblorosa una anciana apoyándose sobre su muleta: ¡ay! los tiempos antiguos eran mas felices: en los de ahora se prohíbe llevar la espada ¡y no pasa una semana sin que las horcas de la Halle, de la plaza Dauphine, ó de la cruz del Trahoir no reciban algunos de nuestros hijos! Pero que deha suceder, virgen santa, mientras domine Mr. de la Reynie?

—Silencio vosotros, y escuchadme.

—El compañero del célebre Coesre habla! exclamó todo aquel estrafalario grupo.

Y el hombre que tomaba la palabra, no era otro que el segundo en gafe de la célebre corte de los Milagros, y á una señal que hizo, los del concurso ocupaban un pasadizo del muelle Pelletier, á fin de no ser observados por los espías y polizontes. Allí les peroró con gran reserva, distribuyendo dos monedas de oro á cada uno. «No os separéis un momento, les decia, del lugar de la ejecución, porque la escena debe ser sangrienta, y es preciso vengarnos de la Reynie, asesinando sus alguaciles, y salvando á la acusada.»

—¿Pero somos muchos? preguntó maliciosamente uno de los conjurados.

—Aquel gafe despreciando la pregunta, continuó: «Todos los mendicantes de San Salvador se hallan tambien preparados, y antes de una hora estarán en la plaza de Greve provistos de armas.»

—¿Y las disposiciones tomadas por la Reynie? exclamaba la vieja de que hablamos anteriormente.

—Eso nada nos importa. ¿De qué tratamos pues? De reconquistar nuestros derechos dando la libertad á nuestros tiernos hijos. Ea, muchachos, ¿cuento con vosotros?

—Si, si; repitieron unánimemente; malditos sean Mr. de la Reynie y sus corchetes!

—«A las seis, esquina á la calle del Carnero.» Y se retiró hácia el puente de Notre-Dame.

—Ay! exclamaba uno de ellos, la marquesa de Brinvilliers puede vanagloriarse en tener por servidores un defensor tan valiente como generoso en ese italiano. Y en seguida atravesaron la plaza de Greve, unos cojeando y pidiendo limosna, otros entreteniéndose en espiar los bolsillos al que se descuidaba de entre la muchedumbre.

En esta especie de reuniones, los estudiantes y escribientes de procuradores del parlamento, se distinguan por las bromas que daban á los plebeyos, y por las ocurrencias que se les ofrecian hablando de las prisiones hechas en la capital.

—¿Sabeis, compañeros, decia á los grupos de estudiantina uno de sus mas atolondrados jóvenes

montado á caballo sobre la cruz que referimos en otro lugar, no obstante las disposiciones de la autoridad en contrario: sabeis que considero al parlamento demasiado atrevido prendiendo en país extranjero y en un convento, (que es lo mas increíble, señores,) á una muger cuyo crimen no ha podido probarse? Y si se me contestase con el emvenenamiento de su padre, y con la confesion de sus escritos, yo responderia: en una época en que con tanta frecuencia se ha condenado al inocente, porque sabida es ya de vosotros la injusticia cometida con algunos; ¿quién nos asegura, añadía con énfasis y balanceando sus piernas como péndola de reloj, quien, de que los enemigos de Mr. d' Aubray no hayan podido vengarse en su persona emvenenándolo con ayuda del miserable Lachaussee? ¿Quién nos asegura, de que la confesion que á la marquesa se atribuye, sea cierta, y la que hayan pronunciado sus labios?

Empero ya se disponia á tomar la palabra otru de sus compañeros, cuando el orador antiguo usando del mismo tono, y arrojando un zapato hacia el tricorno de un herrero de la calle de San Dionisio:

—Conozco y comprendo, señores, todo lo que podéis oponer á mis argumentos; pero nunca, nunca destruireis los buenos antecedentes de la acusada. Las religiosas sus compañeras por las virtudes que dominaban en su corazón, la apellidaban hermana Margarita la Santa. ¿Y á esta muger, señores, á esta religiosa arrestada por el engaño, pérfidamente ultrajada, acaba de condenarse al mas horrible de los suplicios?....

Limpiose el sudor de su frente porque el calor sofocaba demasiado, y se entretenia en mirar á sus camaradas.

—Bravo! Blonnel, bravo! gritaron estos con alegría: mereces elevarte un día por tus defensas, tan alto como ahora te encuentras.

—No os chanceis, amigos; repuso Blonnel afectando una gravedad ridicula: tengo todavía que hablaros de la defensa hecha por el maestro Nivelles, abogado de la acusada.—Y al terminar estas palabras, dejó caer de un puntapié el sombrero y peluca de un anciano platero que acompañaba á su hija; sin cuidarse del lance, ni de las amenazas del buen viejo, prosiguió su relato.

—Habreis de convenir conmigo en que la acusada ha quedado indefensa, pero esto no es decir que á su defensor le falte la ilustración necesaria porque su trabajo es grave y digno de nuestros mejores jurisconsultos. ¿Pero hallaríamos facilmente algun escrito mas instanciejal que su escrito de defensa? ¿A que traer allí las citas de san Basilio, de san Ambrosio, la Biblia y los concilios, para concluir diciendo que la confesion de su defendida no hace fe en juicio? ¿Tenia mas que haber probado que el billete hallado en la cajita no estaba escrito por la marquesa?....

Y desgraciadamente para el orador, chocándose sus piernas con impetuosidad, tocaron esta vez no

en medio de una rancia peluca, ó un mas mugriento sombrero, sino en las espaldas de un centinela arquero, que volviéndose de repente aplicó un buen colatazo á Blonnel; los estudiantes que rodeaban la cruz se lanzaron sobre aquel fusilente: los honradotes artesanos tomaron partido por el arquero: la lucha fué obstinada y terrible, pero habiendo acudido muchos soldados con sus mosqueteros: los estudiantes emprendieron la fuga y tan solo el orador, el desgraciado Blonnel montado sobre la cruz, fué preso y conducido á los calabozos del Chatelet.

Hacia la parte opuesta de la plaza, y muy cerca de las casas que forman esquina con el muelle Pelletier tenia lugar otra escena de distinto género. El inmenso gentío rodeaba á una muger como de 40 años, que escitaba en unos la compasion y producia en otros un grave disgusto. Era la camarera de la acusada, que hablaba con facilidad y referia á sus conadres del mercado Champeaux, la vida y pormenores de la marquesa durante su cautiverio. (1) ¡Oh! si supieseis, exclamaba aquella muger, cuánto ha sufrido mi desgraciada señorita;

—Contádnoslo ahora repitieron porcion de voces escapadas de gargantas roncás ó avinadas que pertenecian á miserables verdoleras.

—Como no la he abandonado un instante, puedo deciros lo que ha pasado desde que Mr. Edme Pirot, cátedrático de la Sorbona llegó á prepararla para el cadalso. Ah! ¡que buen señor aquel Mr. Pirot! ¡tantas veces nos ha repetido á mí y á los dos monges que la acompañaban, que de buena gana hubiera ocupado el puesto de la marquesa!

—¡Buen hombre debe ser Mr. Pirot! repitieron tambien unas cuantas carniceras de la Cité.

—No necesito deciros, prosiguió la camarera, que mi señorita habitaba en la consergeria de palacio, la torre de Montgommery. Cuando entró ella despues de la defensa hecha por el abogado Nivelles, le parecia haber perdido toda esperanza: sin embargo, ya fuese por su intensa agonía, ó por su estado de abatimiento, durmió bien, y no despertó hasta la mañana siguiente con el ruido de los tacones de Mr. Pirot y de un sacerdote. La vista de estos personajes nada alteró su aparente tranquilidad ni su calma.—Llamóla aparte el confesor, y ambos se pusieron á orar por largo tiempo. Luego oímos que Mr. Pirot decia á la marquesa:

—«No os considero culpable: pero estoy obligado á escuchar la verdad de vuestros mismos labios: haced la confesion, señora.»

—Pero ¡Dios mío! exclamaba con mucho sentimiento: ¿mis pecados alcanzarán vuestro perdón?

(1) Los interesantes pormenores que siguen, y que no se encuentran impresos en ninguna parte, obtienen el mayor grado de exactitud. Tratanse de hacer investigaciones al efecto, hemos descubierto en la biblioteca real de Paris existe un enorme manuscrito en folio intitulado Últimos momentos de la marquesa de Brinvilliers, por el doctor Edme Pirot, que contiene las mismas circunstancias que á esta obra se refieren.

El sacerdote hizo una señal con la cabeza, y la acusada prosiguió diciendo: ¿Entonces podré recibir el viático?

—No es posible, replicó el doctor; si fuésetis condenada por el parlamento, la comunión os estaría prohibida. Reflexionad que los acusados no pueden recibir la absolución....

—¿Por qué, por qué?

—No os asustéis, señora; porque si el parlamento os absuelve, si os declarase inocente...

—¿A mi inocente! Oh! no lo espero jamás. Y al pronunciar aquellas palabras las lágrimas conturbaban sus hermosos ojos: púsose de rodillas con fervoroso celo, y lo que hablase con su confesor no pudimos entenderlo. La conferencia se prolongó hasta bien entrada la noche, y entonces Mr. Piroc se retiró concediéndole alguna esperanza: cuando volvió á las seis de la mañana siguiente, venía acompañado del médico de la conserjería con orden de conducirla á la sala del tormento.

¡Jesus, que cosa mas horrible es el tormento! ¿Es posible que haya hombres tan crueles que lo impongan con sangre fría? Sufrido tambien mi señorita con una resignacion admirable: le destrozaron los huesos apretándole los pies entre dos maderos, y colocaron sobre sus nevadas carnes instrumentos enrojecidos por el fuego... Al volver á su calabozo pálida, desfigurada, moribunda, dijo á su confesor con el acento de la agonía.—Padre, ha sido un martirio tan largo, tan insufrible, que mi existencia debe terminar en breve: ay! preparadme para la comparecencia ante el tribunal supremo...

Entonces mi corazon latia de rabia: ansiaba por acercarme á la desgraciada; pero divisé repentinamente al verdugo! Marchó con efecto á su encuentro seguido de todos sus operarios, y le ordenó le siguiese.

A pesar de sus debilitadas fuerzas, llegó por su pié á la capilla. Allí el doctor Piroc entonó el *veni creator* echándole luego la absolución. Terminada la ceremonia, madama de Brinvilliers ocupaba el banco de los acusados: pero yo no pude contener mis lágrimas escuchando la lectura de su sentencia, viendo á mi señorita revestida con una bota embarrada en azufre. El verdugo y sus operarios le desnudaron los piés, le ataron fuertemente los brazos, y despues de haberle colocado una tea encendida en las manos, la snbieron á un asqueroso carretoncillo. Este lugubre aparato se trasladó á la plaza Notre-Dame, atravesando por entre un populacho soez y bullicioso próximo á cada momento á precipitarse sobre la acusada. Llegado que hubo á su pático, me coloqué cerca del arretoucillo, y oí á Mr. Piroc que le decia:

Este es el sitio, señora, para la enmienda pública. Regularmente no lo entendió la marquesa porque su confesor tuvo que repetirle.—Esta ceremonia se reduce á que declaréis puesta de rodillas vuestros crímenes, implorando luego perdón al ser omnipotente. Los alguaciles y arqueros for-

maron el cuadro dispersando el gentío que se agolpaba; y madama de Brinvilliers colocada entre los representantes de la justicia divina y los de la humana, es decir entre el sacerdote y el verdugo, se adelantó hacia el templo. Las anchas puertas de la Iglesia estaban abiertas, y los crepusculos de la tarde apenas iluminaban aquella escena de dolor. Hacia el fondo de aquel santuario se divisaban altas colgaduras negras y blandones encendidos, y dos voces graves y campanudas entonaban el consabida responsa, escuchándose tambien algunos cánticos de esperanza en tan doble como enigmático ambiente. Todo quedó en silencio, y mi señorita arrodillada sobre los escalones del pático, escuchó de nuevo su sentencia sin conmoverse, sin exhalar ningun suspiro: terminada, dijo en voz alta e inteligible: «Confieso que por venganzas he envenenado á mi padre y sus dos hermanos con ánimo de poseer sus bienes: imploro ahora mi perdón á Dios, al rey, y á la justicia.» Y ocupando su asiento en el carreton, se dirigió hacia la Greve, mientras que el célebre pintor Lebrun colocado cerca del hospital, trazaba sobre su album el rostro pálido de mi desgraciada señorita. (4)

Las comadres oyentes comenzaban á hacer sus comentarios, cuando un hombre envuelto en su largo manto se aproximó á la narradora, y cogiéndola por el brazo la dijo en voz baja, y con acento italiano.—¿No habeis oido nunca el nombre de Sainte-Croix en boca de la marquesa de Brinvilliers?

—El tono imperativo con que pronunciara aquellas palabras, sorprendió necesariamente á la camarera, que solo se atrevió á contestarle: «Sí, caballero, muchas veces, muchas veces.» Pero como reflexionase despues sobre el misterio de la pregunta, añadió: ¿Con qué objeto me haceis la pregunta?

El desconocido, dirigiéndole una mirada de reprehension, atravesó la plaza de Greve con direccion á la calle del Carnero. Y al comunicar la oradora á sus amigas todos sus recelos, desembocaba ya el carretoncillo por el puente de Notre-Dame, abriéndose paso por entre la muchedumbre que obstruía las calles, y se detuvo en la Greve cerca de una grande hoguera levantada frente á la puerta del Concejo. La infeliz subió á ella con valor, arrodillándose sobre las planchas: el verdugo se aproxima, la despeina, le corta su letroso cabello, y le desgarrá la parte superior de su traje....

De repente escuchase una gritaria: los mendigos provistos de armas se avanzan como leones á la hoguera proclamando: Perdón á la acusada ¡muerte á Mr. de la Reynie! Los arqueros que rodean el Concejo son batidos en todas direcciones, y abandonan su punto de defensa: cierto hombre armado

(4) Este dibujo se conserva hoy en el Museo del Louvre en el espacio salon de dinujes por encima del croquis de Francisco I el Grande, é inscrita con el número 4,101 de la escuela francesa.

de un hacha rechaza á cuantos encuentra cerca de la hoguera; el populacho huye, y los conjurados ejecutan prodigios de valor.

Mr. de la Reynie que habia previsto la tentativa y que la esperaba dentro de aquel edificio, envia inmediatamente porcion de arqueros que cercasen la plaza y cargaran sobre los amotinados. Uno de estos sin embargose agarra con brio del tajadero, (4) y trata de salvar á Madama de Brinvilliers.... pero la espada de un arquero le atraviesa el estómago.

Cierta religiosa que habia concurrido á la plaza y se hallaba en medio de las turbas con los ojos fijos siempre en las llamas de la hoguera, recibió entre los brazos al moribundo—Paolo Exili! exclamaba con enternecimiento examinándole el rostro.

—María, hermana mia! le contestó esforzando sus abatidos pulmones; he querido vengar á mi hermano, y salvar tambien de la infamia un nombre y la hermana de mi bien hechora.... pero.... mue.... Y no pudo terminar su último suspiro.

¡Cúmplase la voluntad del Omnipotente! exclamó la religiosa con dolorido acento.

Momentos despues escuchase cierto ruido sordo: levanta sus ojos la religiosa, y mira una cabeza separada del tronco que el verdugo arrojaba en medio de las llamas.... lanzó un grito penetrante y desapareció....

La mañana siguiente, dice la madama de Sevigné en sus cartas, la marquesa de Brinvilliers era tenida por Santa, y sus cenizas recogidas con empeño por todos los habitantes de París.

Empero mi narrador guardó sus papeles y no volvió á hablarme. Ya era de noche, y el horizon-

te se miraba cubierto de brilladoras estrellas: la reina del hemisferio alumbraba la cima de los torresones de aquella antigua abadía, comunicandoles cierta palidez sepulcral, y nos hallábamnos en la hermosa calle de Jumieges, Mr. de Brinvilliers sin preguntarme nada sobre la historia que acababa de referir me saludó cortesmente y desapareció. Desde entonces jamás he oído hablar de aquel interesante personaje.

MANUEL MARIA DEL CAMPO.

LOS HÚSARES.

En tiempos del reinado de Luis XIII, en Francia, hacia el año de 1637, fué la primera vez que se introdujeron en las tropas francesas, compañías de húsares estrangeros que servian en calidad de tropas auxiliares. En 1691 algunos desertores de *caballeria hungara* se presentaron á un general francés pretendiendo los alistase en sus tropas; pero no habiéndolo conseguido no tuvieron otro recurso para subsistir, que el de entrar á servir como simples criados á los oficiales de graduacion, que los protegieron por añadir á sus bagages un objeto de lujo, en razon de su estraña vestimenta. Mas tarde, fué aumentándose considerablemente el número de desertores, y la humillacion en que se hallaban, en una condicion que no era la suya, hizo despues romper un silencio penosamente reprimido, y dió ocasion á que se utilizasen los servicios de una porcion de hombres valientes y emprendedores.

Formáronse primeramente compañías que se condujeron tan valerosamente, que al año de su creacion, aumentándose el número de desertores, hubo ya el suficiente para instituir un regimiento.

El grabado que sigue, da una idea más exacta



Húsar de 1831.

(1) Lugar para hacer la division de los miembros.



Húsar de 1750.

y mejor que lo pudiera hacer una molesta descripción, del uniforme que gastaban estas tropas en sus primeros tiempos. Bastará conocer para mejor inteligencia, que el peti y el pantalón, eran de color azul celeste, y gorra, botines y dormán encarnados. La gorra la llevaban adornada con plumas en forma de garzota, y tenían antiguamente el derecho de llevar tantas cuantas cabezas de enemigos hubieran cortado.

Los húsares atacaban sin ningún orden ni guardando las reglas de táctica alguna; se les empleaba como descubierta, para escoltar los convoyes y para hostigar ligeramente al enemigo, y costó mucho trabajo y fué menester mucho tiempo, para acostumbrarlos al yugo de la disciplina.

Los húsares eran muy diestros en el manejo de sus caballos, que eran de pequeña alzada; llevaban los estribos muy cortos, lo que les servía para po-



Húsar de 1795.

nerse de pie sobre ellos y pelear muchas veces con ventaja sobre sus enemigos. No usaban freno para el caballo, sino un brido que les servía para dirigirle y que dejando mas libre la respiracion del animal, le permitia tambien pastar con mas libertad, cuando habia ocasion. Gran parte de estas costumbres se han conservado hasta el principio de la revolucion, en que se sometió su organizacion á la par de los demás cuerpos de caballería, reforman-

do, como es de suponer, su armamento y su manera de pelear.

El uniforme primitivo de los húsares no sufrió alteracion alguna, hasta el reinado de Luis XV, en que substituyó el chacó á la gorra de manga, y en que variaron los colores del vestido, aunque conservando siempre su forma. Los antiguos húsares se servían de un gran sable corvo ó de una espada larga y recta, que llevaban pendiente de cor-



Húsar de 1834.

reas que sujetaban á la cintura; lo demás del armamento consistía en un par de pistolas y una carabina. En 1792 y 1793 llegó á catorce el número de regimientos de húsares, y siempre se han distinguido valerosamente, sin que se cuente ejemplar de que hayan vuelto la espalda al enemigo. En la conquista de Holanda (1795) fueron ellos los que al mando de Pichegrú se apoderaron de los barcos enemigos que los hielos tenían cautivos en el Texe. Los húsares tambien mandados por el valiente Lassalle, en 1806, hicieron rendir las armas á la guarnicion de Crustrin, y en general casi todas las grandes batallas del tiempo de la revolucion, fueron para ellos teatro de sus glorias.

La Polonia y la Francia fueron las primeras potencias que crearon regimientos cuyo origen es esclusivamente húngaro; pero desde principios del reinado de Luis XV, los instituyeron tambien todas las naciones del Norte de Europa. España ha sido la última en adoptar este género de caballería, que en la actualidad se ha generalizado de tal manera que apenas se contará algun soberano que no tenga uno ó mas regimientos.

ANUNCIO.

En el Gabinete literario calle del Príncipe hay un abundante surtido de **Oftelos Divinos** encuadernados, de todas clases y precios. En pasta fina, tafilete, con planchas y cortes dorados, terciopelo liso, mosaicos y con adornos dorados y plateados de esquisito gusto. Tambien hay **Semanas Santas**, de varias ediciones con finísimas láminas y encuadernaciones de todos géneros. Los pedidos en las provincias se dirigen por conducto de los corresponsales del Establecimiento tipográfico del Sr. Mellado.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO,
DE DON FRANCISCO DE P. M.—EDITOR.
calle del Sordo, núm. 11.